

A FIN DE CUENTAS

*Nuevo cuaderno
de la vejez*



Aurelio Arteta

taurus
T

Aurelio Arteta

A fin de cuentas

Nuevo cuaderno
de la vejez

taurus



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Beba, por todo.
Y a Lahu, a pesar de todo.*

UNA CONVERSACIÓN IMPRESCINDIBLE

Conforme a la oportuna distinción de David Hume (*Sobre el género ensayístico*), no estoy seguro de pertenecer a la especie de los hombres cultos o más bien a la de quienes él llama «conversadores». De lo que sí lo estoy es de este diagnóstico suyo cuya validez continúa por desgracia vigente: «El alejamiento del mundo culto respecto al de la conversación parece haber sido el gran defecto de la última era y debe de haber tenido una influencia muy negativa tanto en los libros como en los conversadores». ¿Alguien negará que aquel gran pensador de hace tres siglos podría estar refiriéndose a un aspecto central del mundo presente?

En la mayor parte de ocasiones los temas de nuestras charlas, chapoteando entre chismes y comentarios superfluos —prosigue—, no resultan los más adecuados para el entretenimiento de criaturas racionales. (Nada digamos si las tertulias han cedido su lugar a nuestras reuniones multitudinarias y al griterío del estadio o de la sala de fiestas...) Así ocurre que el tiempo pasado en compañía, según Hume, sería el menos provechoso de nuestra vida. Sólo los cultos podrían contribuir a cambiar las cosas *cuando dejaran de estar encerrados en las universidades o aislados del mundo*; es decir, con tal de que aceptaran salir de su guarida y convertirse también en conversadores. Por eso nuestro pensador se felicita de considerarse una especie de embajador «que va del saber a la conversación, y vuelta». Más todavía, defiende con entusiasmo lo que debía ser siempre pauta de existencia para filósofos y otros académicos es-

condidos: tener como «un deber constante» alcanzar una buena correspondencia entre uno y otro dominio.

Las páginas siguientes pretenden cumplir con ese deber a propósito del asunto que ahora más me interesa. Insisto así en la reflexión que inicié en mi libro anterior (*A pesar de los pesares. Cuaderno de la vejez*) y, al ponerme a ello, comenzaré por afrontar ciertas objeciones previsibles. Algo que invite a pensar a propósito de la vejez, y en su forzosa desembocadura, no despierta en estos tiempos precisamente gran entusiasmo. Como ya denunciara aquel filósofo inglés, tampoco serían cuestiones recurrentes en nuestras pláticas contemporáneas. Se dirá enseguida que bastantes tristezas trae por sí sola la existencia humana como para propiciarlas a propósito con estas reflexiones. Se objetará, en resumen, que se trata de temas morbosos, cuya meditación a nada conduce, como no sea a la amargura y hasta a la desesperación.

Los objetores, ¿repiten esto con convicción o expresan simplemente su primera estrategia de huida ante un problema ineludible? Pues será morboso para una mente enferma, pero a los otros ese pensamiento puede conducirnos, al contrario, a disfrutar más y más a fondo de la vida. Toca entonces rescatar a la vejez de la maraña de prejuicios que suelen desfigurarla, una tarea a la que ya se entregaron nada menos que Aristóteles o Montaigne y, en tiempos más recientes, Jean Améry o Simone de Beauvoir. El largo proceso de demolición de tales estereotipos no ha acabado. Se trata de quebrar la conspiración del silencio o del disimulo que pesa sobre esta etapa de nuestra vida, desechar esa imagen sublimada (las consabidas cordura y serenidad del viejo) en que apenas cabe reconocer al anciano de nuestros días ni seguramente de los pasados. Pues se diría que la mayoría de ellos, más que vivir, se limita ya a sobrevivir. En términos generales, el viejo tiende a ser una persona erizada de cautelas: se refugia en rutinas frente al tiempo que pasa, a falta de su anterior quehacer cultiva un mez-

quino tener, le domina la desconfianza ante el mundo y los hombres, rezuma hostilidad desde el sentimiento de desgracia que propicia su condición senil... Sí, debemos preveniros de todo ello. Como hace notar aquella pensadora francesa recién citada, «no sabemos quiénes somos si ignoramos lo que seremos».

Lo que sabemos sin duda alguna es que todos moriremos y eso nos invita a convertir tan crucial acontecimiento en *nuestra* propia muerte. Digamos cuanto antes que la conciencia anticipada de esa muerte confiere su radical *seriedad* a la vida, lo que significa que todo lo que hacemos y cuanto nos ocurre va en serio y resulta irreparable. Soy mi más cercano espectador, el más interesado en mi propia felicidad, el mayor aficionado a mí mismo que conozco. Pues bien, ¿cómo no voy a estar sumamente ocupado con mi vida, si no tengo otra, y preocupado también por mi muerte, porque ella acabará conmigo? Sólo de anticipar ese final anunciado brota el afán de sacar el máximo partido a la propia existencia, así como el propósito de justicia universal y compasión hacia todos. En suma, las más hondas aspiraciones del ser humano.

Reconozco que en casos de instalación general en el engaño fingido, el hecho de que la mayoría no se atreva a hablar ni pensar sobre algo suele incitarme justamente a pensar y hablar de ello en voz alta. No vale hacer como los niños cuando cierran los ojos para así creer que el coco ya se ha ido. Después comprendemos que, sólo abriéndolos, adquiere uno el valor necesario para desafiar a lo temible. Seguro que perderemos la partida definitiva contra nuestro mayor enemigo, pero ahora mismo le vamos ganando: porque nos hemos atrevido a mirarle un poco más de cerca.

Esto es un diario o un dietario —llámese como se quiera— algo disfrazado. Si adopta un estilo fragmentario es porque surgió así, por fragmentos que luego fueron cosidos y or-

denados temáticamente en unos pocos capítulos. Por eso mismo no llevan la fecha de su composición (salvo la primera entrada, para indicar su inicio), puesto que su orden cronológico era lo de menos. El texto no se refiere a cuanto le aconteció a su autor en el día a día, sino que recoge algunas de sus reflexiones durante los tres últimos años. En este caso, centradas por completo en la coyuntura vital en que me encuentro, la vejez y sus alrededores. Mi único propósito era asistir a tanta transformación como detecto en esta fase última de mi existencia y apropiármela con el pensamiento.

Confieso que en este quehacer la mayor tentación estriba en servirme de meditaciones ajenas, algunas clásicas y otras más recientes. Para decidir intercalarlas e incluir los comentarios que me sugieren, tienen que haberse convertido en casi tan mías como del autor que me las presta a fin de suscitar mis propias cavilaciones. Eso sí, a la hora de juzgar el resultado, rogaría al lector que me atribuyera —con la distancia debida— parecida intención a la de Nietzsche: «Siempre he puesto en mis escritos toda mi vida; ignoro lo que puedan ser los problemas puramente intelectuales». Pues —para volver a aquel Hume del comienzo— tampoco yo quiero perder contacto con los problemas comunes de los hombres, sino conversar sobre ellos. En particular, sobre eso que más tememos y más nos apena.

Como en trabajos anteriores, también en este me han sido de gran ayuda las sugerencias y correcciones de Tomás Valladolid. (Y adelanto, antes de que me apunten con el dedo, que me sirvo de los términos «viejo» y «anciano» en su sentido genérico para así librarme de la moda del «viejo»/«vieja», «anciano»/«anciana», etcétera.)

1

Ante el examen final

Una vida sin examen no merece la pena de ser vivida.

PLATÓN

REINICIO A punto de cumplir los setenta años, supongo que *ahora sí* ;estoy metido en la vejez, aunque debería repetir —con todos— que tampoco sé cómo me ha llegado. Para iniciar de nuevo este ejercicio de reflexión ha debido de pesar en mi ánimo lo que ayer me decía ese amigo de mi edad: que no imaginaba que la vejez fuera a traer tantos cambios, tantas diferencias. De estas transformaciones precisamente deseo levantar acta, aunque muchos y excelentes pensadores ya se me hayan adelantado en la tarea (20 de junio de 2015).

¿GANAS DE ENGAÑARSE? De un sitio y otro me llegan los ecos provocados por las voces de mi último libro, ceñido al mismo argumento que éste. Hay suficiente acuerdo en la sentencia: demasiado sombrío o trágico, fúnebre... ¿Será defecto mío o un destilado de la vejez misma? No logro evitar la sospecha de que buena parte de mis conocidos o no ha pensado todavía en la muerte, ni siquiera en la suya, o prefiere edulcorar ese penoso pronóstico, retrasarlo, disfrazarlo con cualquier excusa. Si la vejez implica por naturaleza proximidad creciente y transición a la muerte, que el pensamiento de ese punto final se haya escondido en un rincón de la conciencia sólo puede responder a un temeroso y premeditado empeño de su sujeto. Pero de ese viejo cabe

decir lo mismo que de la mona: que, aunque se vista de joven, viejo se queda.

El mejor juez Vueltas continuas a si mi libro anterior habrá sido un ejercicio involuntario, pero efectivo, de autoengaño y de engaño al lector. Desde la primera mitad de su título (*A pesar de los pesares*) invita a concluir que sí, que frente a tanta desgracia y la muerte final, la vida vale la pena. ¿Optimismo barato más propio del género contemporáneo de literatura de autoayuda? Intuyo que, cuanto más se acerque la despedida, no estaré tan seguro de ese atisbo y la incertidumbre acerca del valor de mi existencia irá ganando peso. Alguien objetará, ¿para tranquilizarme?, que semejante juicio brota de un punto de vista subjetivo. Convendría, pues, que me aproximara a la perspectiva más neutral expresada en el testimonio de aquellos para quienes mi vida ha podido tal vez contar algo en la suya. El horror de la temible desaparición puede, desde luego, obnubilar la propia conciencia, pero no hasta renegar del valor de la propia vida. Si el ideal utilitarista —el mayor bien para el mayor número— goza todavía de reconocimiento, espero que mi vida habrá sido más o menos útil para algunos y, en definitiva, haya merecido la pena vivirse.

¿ME VENDRÁ BIEN? De tanto regresar a estas agobiantes meditaciones —pero es la autoconciencia, esa asidua compañera, la que me incita a ello—, me pregunto si acabarán haciéndome daño. Las compenso con lecturas que me elevan y me enseñan lo más importante. Siento que, aunque algún día voy a desaparecer, habré disfrutado del conocimiento de la grandeza humana, de contemplar desde más cerca la descomunal estatura de muchos y las muy nobles tareas que emprendieron. Ojalá se me pudiera aplicar aquella

sentencia de Epicuro según la cual «en nada se parece a un ser mortal el hombre que vive entre bienes inmortales».

TANTO AFÁN ¿Por qué te afanas en estas páginas? Porque tal esfuerzo me obliga a sumergirme en la humanidad del hombre, a conocerme mejor a mí y a mis congéneres. Y porque ese ejercicio, por mediocre que fuere, me hace ser algo más de lo que sería sin él. Me anima el irrefrenable apetito de seguir aprendiendo acerca de uno mismo y, de paso, de la humanidad. Eso sí —me digo—, como echas a andar por ese sendero, sábetete que nunca te parecerá suficiente el tramo recorrido; siempre querrás ir más allá.

LA EDAD DEL EXAMEN ¿Por qué escoges la vejez como objeto de reflexión? Por ser la etapa vital en que hoy me encuentro, y eso ya sería motivo bastante. También por ser la última, y por tanto la que por sí misma está demandando a su sujeto un balance, un arreglo de cuentas consigo mismo. Ella goza de la perspectiva desde la que puede evaluar las demás edades. Sólo desde el crepúsculo se adquiere una visión del día completo. En cada uno de los momentos precedentes vivimos y nos ocurren cosas, pero al llegar la noche nos ponemos a revisar lo que nos ha sucedido. Un examen final sin temario establecido y a solas, en el que la calificación la dicta el propio examinado.

Con mucho gusto Me mueve el deseo de que otros encuentren en alguno de estos brochazos ciertos paralelismos con sus propios avatares o les despierten pensamientos afines que ya apuntaban en su mente pero que quizá requerían un pequeño empujón venido de fuera. Sería también la botella lanzada al mar por el naufragado con la ilusión de que otros lejanos la recojan algún día. Pero, en el caso de este mensaje, sin la esperanza última

de que acudan a salvarle. Porque esos otros son tan naufragos como uno mismo.

SACAR PARTIDO Un modo de entender lo que hago en este nuevo *Cuaderno* es sugerir que pretendo sacar algún partido a mi vejez y a mi condición mortal. Observarlas, seguir las de cerca en mí y en otros. Apropiarme de ellas con el pensamiento, antes de que ellas me desapropien de todo pensamiento y de cuanto lo acompaña. Como si aún pudiera añadir algo de mérito a la colección interminable de espléndidas meditaciones sobre la humanidad del hombre, más en particular, sobre su fragilidad. Soy también consciente del riesgo en que incurro por la perspectiva adoptada. Una mirada tan concentrada en la finitud humana en general puede fácilmente olvidarse de las miserias cotidianas de los hombres singulares, de los sufrimientos que unos causan y otros padecen y que son penas que se añaden a la pena común de aquella finitud.

QUÉ ES ESCRIBIR «Escribir no es hacer frases, amigo. Es copiarse el alma», sentencia Juan R. Jiménez. Y eso exige la capacidad de escudriñarse a uno mismo sin temor, pliegue a pliegue, rincón por rincón. Y, al final, la confianza en que hacer público lo descubierto en esa introspección puede interesar al prójimo y tal vez hasta enseñarle, estimularle, tranquilizarle, distraerle... Pero me quedaría sobre todo con el propósito de un poeta contemporáneo: «Escribir con la intensidad del que sabe que está a punto de morir». (J. A. Masoliver).

Nulla dies sine linea Un excelente propósito, aun cuando no me sienta capaz de tanto. Pero ¿tan difícil sería que una jornada entera del ser humano (consciente, evalua-

dor, curioso...) diera como primicia siquiera un pensamiento digno de su humanidad?

LAS VIRTUDES DEL DIARIO Su primera virtud es que permite duplicar nuestra existencia cotidiana, una vez vivida y otra vez pensada o repensada. No sabemos bien qué asomó de interés por nuestra cabeza durante el día mientras no nos lo contemos a nosotros mismos al anochecer. Al principio viene el recuerdo en bruto y de golpe. Las palabras nos obligan a delimitar, a distinguir, a juzgar con mayor justeza y finura (un hecho, una conducta, un pensamiento) y dar a cada uno lo suyo. Se trata de mirar, y mirarse, después y a solas. Puesto que todo es tan efímero, queremos levantar acta de lo primordial que uno alcanza a vivir. El diario expresa la necesidad inconsciente de atar cabos, de repasar lo acontecido, de escucharse a sí mismo, de poner ritmo a la inalterable gravedad del tiempo. Salvador Pániker, excelente cultivador del género, escribe que las cosas pierden su sentido y sus razones «si no se cuentan». El diario nos ayuda a enfocar mejor, a reconocer nuestra propia vida.

¿PARA DESDICHADOS? «Hay que escribir para los desdichados», propone Madame de Staël. Leo con sorpresa esa consigna, me extraño de su rotunda parcialidad y al poco empiezo a comprender su sentido... aunque probablemente no sea el mismo que pretendía su autora. Ella la introduce como primera sentencia de sus *Reflexiones sobre el suicidio*, y la justifica porque —nos adelanta—, mientras los pudientes consideran las ideas abstractas tiempo perdido, para quienes sufren «la reflexión es su refugio más seguro». Tal vez hoy no se equivocara si diera por sentado más bien que la mayoría de los individuos, lo mismo adinerados que pobres de solemnidad, huyen de los libros, y nada digamos de cuantos traten de ideas abstractas. Pero acertaría del to-

do al presuponer que, ahora como entonces, los adictos a esa última clase de lectura —que no es otra que el ensayo reflexivo— se encuentran entre quienes «se examinan a sí mismos» para buscar remedio a su desgracia. Y no es preciso que esa desventura que les abruma sea tan trágica que les anime a acabar con su vida; basta con sufrir la pena propia de la condición humana para invitarles a recapacitar.

LA ESPERANZA Y LA VIDA No importa tanto la esperanza de vida como que haya una vida con esperanza más que mediana. Una esperanza de muerte sería una expresión contradictoria o simplemente desesperada.

TURPIS MEDIOCRITAS Siempre el mismo asombro pesaroso ante la mediocridad de tantos, de sus ideas y aficiones. Que el llamado a ser el más grande se conforme en sus gustos o hábitos con tan poco nunca deja de causarme pena. Que el único ser vivo con semejante capacidad de elegir entre tantos bienes se contente con lo más habitual y zafio, que tan a menudo ponga su máximo celo en ser aplaudido por muchos y no por los mejores, eso entraña un pecado de lesa humanidad. Estos tales han de esperar el respeto que a todos se debe, claro está, pero no ostentan méritos para recabar mayor homenaje. Les pasa inadvertida, en eso consiste su déficit, la diferencia que les supera, y de ahí que tampoco conciban la gravedad de su estado. Y como los de más arriba suelen despreocuparse de la suerte de estos de abajo, la distancia entre ellos se vuelve insalvable.

Un escándalo reiterado El que te asalta cuando escuchas o lees las cosas que muchos de tus coetáneos hacen, dicen o desean. Es como si dispusieras de un sensor que no cesara de transmitirte señales de la torpeza o del va-